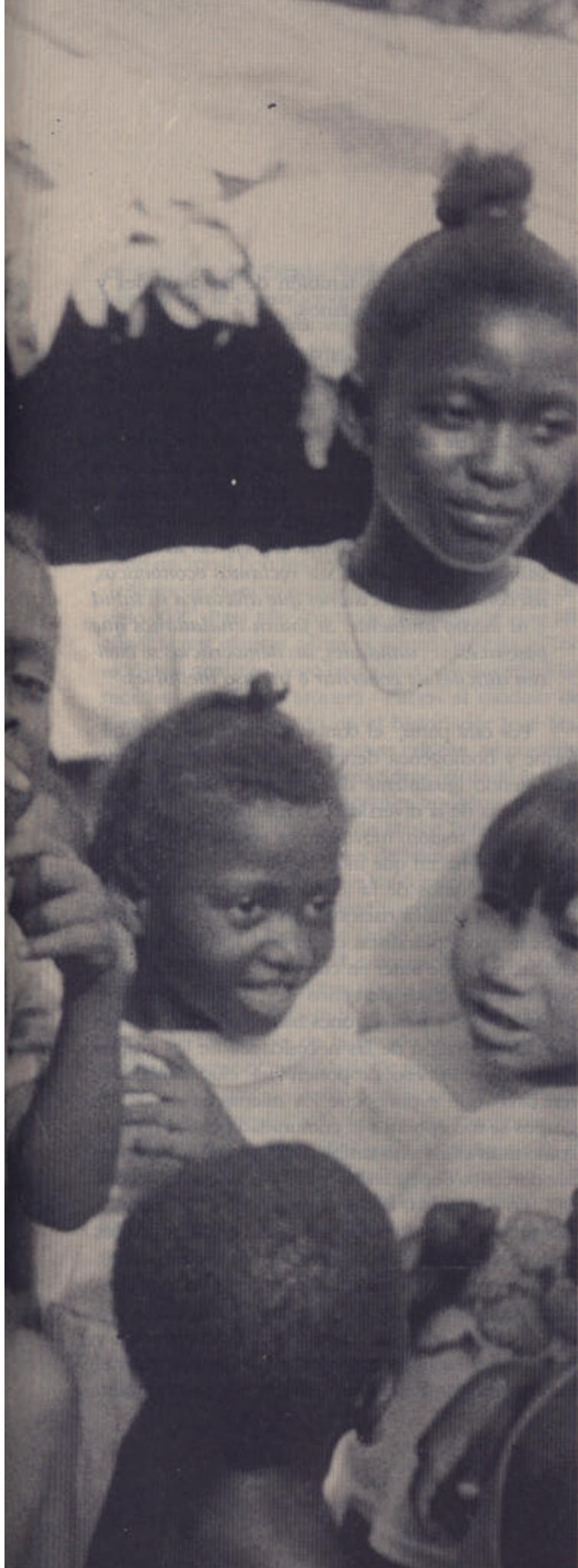


POLÍTICA  
Y SOCIEDAD







CIUDADANIA E  
IDENTIDAD  
NACIONAL  
LOS DESAFÍOS DE LA  
GLOBALIZACIÓN Y  
DIFERENCIACIÓN  
CULTURAL AL  
ESTADO NACIÓN, A  
LA LUZ DE LOS  
INICIOS DE NUESTRA  
VIDA REPUBLICANA

FERNÁN E. GONZÁLEZ<sup>1</sup>

1 Exdirector del CINEP, Centro de Investigación y Educación Popular, Politólogo de la Universidad de los Andes, Historiador de la Universidad de California - Berkeley.



La creciente presencia de la comunidad internacional en las discusiones sobre el proceso de paz colombiano y las discusiones generadas en Estados Unidos y Europa sobre el Plan Colombia muestran el grado de globalización que afecta a nuestra política interna. Lo mismo ocurre

con la certificación en materia de lucha contra el narcotráfico y la constante vigilancia de la opinión pública internacional sobre la situación de violencia y violación de los Derechos Humanos en Colombia, en lo que incide no poco la cobertura de nivel mundial de los medios masivos de comunicación en esta materia. A esto se añaden los límites que el Fondo Monetario Internacional y la banca mundial imponen a nuestras políticas económicas. Y es claro que la apertura económica evidenció y profundizó las debilidades estructurales de nuestra economía, que permanecían ocultas bajo el modelo de sustitución de importaciones.

Todo lo cual pone en evidencia las limitaciones del tradicional concepto de soberanía y autodeterminación nacionales. Por otra parte, en el nivel internacional, el proceso del general Pinochet en Gran Bretaña y otros semejantes, la creación de una Corte Penal Internacional y las intervenciones de las Naciones Unidas en África y la antigua Yugoslavia muestran también una tendencia hacia la relativización del viejo concepto de soberanía territorial y de autodeterminación nacional.

Por otra parte, se produce un renovado interés por el concepto de ciudadanía tanto en la derecha como en la izquierda, alimentado por una serie de eventos políticos y sociales a lo largo del mundo, como la creciente apatía electoral, la crisis del Estado de bienestar, el resurgimiento de los nacionalismos en Europa Oriental, las tensiones que la migración está creando en Europa occidental, cuya población se hace cada vez más multirracial y multicultural. Para Kymlicka y Norman, estos acontecimientos muestran que el vigor y la estabilidad de las democracias modernas no dependen solo de la justicia de su "estructura básica", ni solo de su soli-

dez institucional, sino también de las actitudes y cualidades de los ciudadanos:

*"su sentimiento de identidad y su percepción de las formas potencialmente conflictivas de identidad nacional, regional, étnica o religiosa; su capacidad de tolerar y trabajar conjuntamente con individuos diferentes; su deseo de participar en el proceso político con el propósito de promover el bien público y sostener autoridades controlables; su disposición a autolimitarse y ejercer la responsabilidad personal en sus reclamos económicos, así como en las decisiones que afectan a su salud y al medio ambiente. Si faltan ciudadanos que posean estas cualidades, las democracias se vuelven difíciles de gobernar e incluso inestables."*<sup>12</sup>

Por otra parte, el concepto de ciudadanía uniforme y homogénea dentro de un estado soberano está siendo igualmente desafiado por una creciente conciencia de la diversidad en muchos ámbitos: género, etnia, región, movimientos sociales de diversa índole, que hacen que muchos grupos y personas se sientan excluidos de la identidad compartida, de la comunidad política nacional, o sea de la ciudadanía. Los llamados "pluralistas culturales" sostienen que la ciudadanía debe tener en cuenta estas diferencias, ya que creen que los derechos de ciudadanía fueron pensados por y para varones blancos, por lo que no pueden dar razón de las necesidades de los grupos minoritarios. Por eso, proponen una "ciudadanía diferenciada" que supone que los miembros de ciertos grupos se incorporan a la comunidad política no solo como individuos sino también a través de sus grupos; sus derechos dependerían de su pertenencia a ellos.<sup>3</sup>

En Colombia, la Constitución de 1991 reconoció plenamente nuestra pluralidad de identidades regionales, locales, étnicas, culturales y religiosas, aunque la realidad social dista mucho de esta consagración constitucional. Quedan abiertos muchos interrogantes sobre la manera como se articulan y jerarquizan estas identidades, como aparece en el enfrentamiento de los indígenas U'wa con la políti-

ca petrolera del Estado Nacional. Además, la larga historia de la construcción del Estado Nacional en Colombia, con sus dinámicas de exclusión e inclusión, abre muchas preguntas tanto sobre la relación entre ciudadanía homogénea y desigualdad social, racial, regional y cultural, como sobre el modelo comúnmente aceptado de construcción de Estado Nacional.

En este sentido, la presente ponencia pretende comparar estos desafíos que la coyuntura actual de globalización y fragmentación cultural plantean a las categorías de Estado Nacional, ciudadanía e identidad nacional con los retos que afrontaban los fundadores de nuestra república en los comienzos del siglo XIX. Para ello, parte de la discusión que Michael Mann plantea sobre el futuro del Estado Nación para analizar luego las críticas que Germán Colmenares y Alfonso Múnera hacen al modelo de Estado nacional basado en el historiador José Manuel Restrepo. A partir de estas críticas, se presenta el desafío de construir una nación a partir de la fragmentación de las elites regionales, apoyándose principalmente en los trabajos de Marco Palacios, complementados con los aportes de Jaime Jaramillo Uribe y Margarita Garrido sobre las continuidades entre los primeros años de nuestra república y la vida política colonial. Jaramillo Uribe y Garrido señalan la existencia de cierta red protonacional de poder, que no cubre de manera homogénea a todas las regiones pero que prelude de algún modo los intentos de formación de la nación. A partir de este contraste entre continuidades y rupturas, se analiza luego la articulación entre poder central y poderes regionales y locales a la luz de las categorías de Charles Tilly y Norbert Elias, para desembocar en el estudio del papel del bipartidismo en esa articulación, especialmente en el período inicial de la república, desde los enfrentamientos entre Bolívar y Santander hasta la guerra de los Supremos.



## EL ANÁLISIS DE MANN SOBRE EL FUTURO DEL ESTADO NACIÓN

Ante las opiniones que consideran que la evolución actual del capitalismo significa un debilitamiento del Estado Nación, Michael Mann recuerda que la expansión de las redes nacionales de interacción, complementadas desde sus inicios con las relaciones internacionales entre Estados Nación, fue siempre simultánea con la expansión de ciertas relaciones transnacionales de poder, en particular las del capitalismo industrial y sus ideologías asociadas (liberalismo, socialismo), además de redes culturales más amplias surgidas a partir de la percepción occidental (blanca, cristiana, europea) sobre la identidad colectiva. Y sostiene, por tanto que las redes nacionales e internacionales de interacción se expandieron más a expensas de las redes locales que de las transnacionales. Además, el crecimiento del Estado Nación suponía una expansión global de envergadura, sostenida por una percepción de nacionalidad basada en la creencia de la superioridad europea, cristiana y blanca. En consecuencia, Mann afirma que el pasado fue testigo del surgimiento simultáneo del capitalismo transnacional y las identidades culturales, junto con el Estado Nación y su sistema internacional, que combinaban de manera compleja "autonomía relativa" con "interdependencia simbiótica".<sup>4</sup> También precisa Mann que la expansión mundial del modelo de Estado Nación le permite describir los Estados modernos bajo esta categoría, aunque es consciente de que la mayor parte de ellos detentan solo un control bastante limitado de su territorio y que sus pretensiones para

2 Will Kymlycka y Wayne Norman, "El retorno del ciudadano. Una revisión de la producción reciente en teoría de la ciudadanía", en *La Política* # 3, octubre 1997, p.6.

3 Will Kymlycka y Wayne Norman, o. c., p.25.

4 Michael Mann, "El futuro global de los Estados- Nación", en *Análisis Político* # 39, septiembre-diciembre 1999, pp. 7-8.

representar a sus naciones frecuentemente no son genuinas. Por eso, cree que para buena parte del mundo un verdadero Estado Nación es más una aspiración futura que una realidad presente.<sup>5</sup>

Después de estas precisiones, Mann se dedica a analizar qué tan reales son las amenazas que las actuales transformaciones del capitalismo representan para el Estado Nación; reconoce que el capitalismo actual es global por el fin de la colonización que segmentaba la economía mundial en zonas imperiales separadas y el colapso de la autarquía soviética que abre la mayor parte de Europa a la penetración capitalista. Pero se pregunta si la economía global no necesita apoyarse en redes nacionales e internacionales de interacción y sugiere que el capitalismo mantiene "un orden geoeconómico dominado por las economías de los Estados Nación industrializados". Además, sostiene que "lo global" está constituido por "una compleja mezcla de lo local, lo nacional, lo internacional... y lo verdaderamente transnacional". Por esto, la globalización refuerza las redes nacionales, porque la expansión de los países del Norte y de la globalización "ha dependido de - y a su vez se ha fortalecido a partir de - los Estados Nación que se benefician de ella".<sup>6</sup>

Analiza luego Mann los bloques del Norte y del Sur, que están lejos de ser internamente homogéneos, para concluir que solo Europa ha reducido la autonomía particularista de sus Estados miembros, pero manteniendo a la Unión Europea como una asociación entre Estados nacionales, "una red internacional de interacción", donde pierden más autonomía los Estados débiles, cuya soberanía anterior era también bastante limitada. También considera imprudente generalizar sobre el Sur, pero donde parece que un gobierno estable y un país integrado, con sistemas nacionales de salud y educación, junto con una sociedad civil fuerte, parecen ser los requisitos para la inversión extranjera. En el otro extremo, señala Mann, los procesos de fragmentación de Estados profundamente perturbados como los africanos parecen deberse más a

razones premodernas que postmodernas. Por eso, concluye Mann, la variable clave para la supervivencia del Estado Nación en casi todo el mundo es "el grado de desarrollo de la economía", junto con dos precondiciones del desarrollo: "la -civilidad- y la capacidad infraestructural del Estado."<sup>7</sup>

Para Mann, las amenazas de los globalistas y transnacionalistas se deben a que exageran "la antigua fortaleza del Estado Nación", debido a "su escasa percepción de la historia", y generalizan el impacto de las transformaciones, pasando por alto sus variaciones según cada situación. En ese sentido, según mi parecer, muchos de los desafíos que algunos consideran que presenta la creciente mundialización de la vida y el reconocimiento de las diferencias culturales a los Estados Nacionales suponen una concepción poco adecuada de su realidad. Las autoimágenes nacionales suelen darnos la impresión de que nuestras naciones han existido casi desde siempre y han permanecido casi inalterables a lo largo de los siglos, como sistemas sociales bastante integrados y homogéneos, casi sin tensiones internas ni presiones externas. El caso de la obra del historiador José Manuel Restrepo es un ejemplo de estas autoimágenes, como se evidencia en las críticas que Germán Colmenares y Alfonso Múnera han hecho a su obra.



### **EL MODELO DE ESTADO NACIÓN EN LA HISTORIA DE JUAN MANUEL RESTREPO: OBSTÁCULOS MORALES, SOCIALES Y REGIONALES AL IMPERIO DE LA LEGITIMIDAD**

La historiografía sobre los orígenes de la república colombiana, señala Jorge Orlando Melo, está marcada por la obra de José Manuel Restrepo, que se basa tanto en sus propios recuerdos como protagonista de los hechos como en una documentación

envidiable, pero que tuvo el problema de ser adoptada por los historiadores subsiguientes como modelo permanente de escritura de la historia nacional, que quedó por tanto reducida a la sucesión de luchas militares y actividades políticas. A pesar de su entusiasmo patriótico por la obra de la revolución emancipadora, Restrepo trata de mantener una actitud objetiva y un espíritu crítico frente a los excesos de las partes en conflicto. Como sostiene Jorge Orlando Melo, este entusiasmo era " eminentemente "republicano" y de un claro matiz moderado", ya que reprueba entonces las actitudes radicales, las proclamas demagógicas y los movimientos de las castas dominadas, pero matizando su condena "con cierto paternalismo benevolente". Según Melo, aunque Restrepo consideraba justa e indispensable la ruptura con España, creía que la república debía organizarse "sin trastornar el orden social y dentro de un espíritu de moderación y orden".<sup>8</sup>

Esta crítica de los efectos de esta obra en la historiografía colombiana posterior es profundizada luego por varios autores como Germán Colmenares, más centrado en el modelo de análisis histórico de Restrepo, al que califica como verdadera "prisión historiográfica", y Alfonso Múnera, más interesado en develar el modelo de Estado Nación subyacente en su obra y en mostrar las relaciones problemáticas de este modelo con las realidades regionales, particularmente las de la Costa Caribe.

Según Germán Colmenares, la historia de José Manuel Restrepo representa un modelo historiográfico muy al estilo del siglo XVIII, centrado más en el comentario moral sobre los hechos, que oculta hipótesis no formuladas explícitamente. Su obra está cruzada por una tensión entre los intentos de impo-

ner el imperio de la ley y de afianzar instituciones permanentes y la resistencia de las pasiones individuales y colectivas. Y detrás de esta tensión subyace el problema de la formación del Estado como instrumento para mantener, "mediante un cuerpo permanente de leyes, la integridad de una nación".<sup>9</sup> Esta idea es desarrollada con mayor amplitud por el mismo Colmenares en un análisis posterior de la obra de Restrepo, donde afirma que sería tentador interpretar la Historia de la Revolución de este autor a la luz de las tensiones entre las exigencias de una permanencia institucional y el obstáculo irracional de pasiones circunstanciales, resultado de influencias culturales contradictorias.<sup>10</sup>

Según Colmenares, Restrepo era consciente de los obstáculos existentes para un consenso sobre la forma fundamental del Estado que se quería implantar, pero no buscaba su causa en las contradicciones sociales existentes sino en anomalías de carácter moral: el vicio de no obedecer las leyes, sostiene Restrepo, se origina en la misma forma de gobierno republicano, donde las leyes no son veneradas porque muchos ciudadanos concurren a su formación, lo que contrasta con el respeto y obediencia que se prestaban a las leyes de la Corona española, que "se ejecutaban con vigor y exactitud por los agentes del gobierno español". Así, los enfrentamientos entre Bolívar y Santander, lo mismo que la rebelión de Páez, eran interpretados en función de las pasiones individuales que desbordaban la necesaria moderación que se esperaba de ellos y que terminaban por amenazar la intangibilidad de la ley.

Además de esta contraposición entre ley institucional y pasiones individuales, el análisis de Restrepo está marcado por su visión de la sociedad y su

5 Michael Mann, o. c, p. 9.

6 Michael Mann, o. c, pp. 9-11.

7 Michael Mann, o. c, p. 15.

8 Jorge Orlando Melo, "Los estudios históricos en Colombia", en Jorge Orlando Melo, *Sobre Historia y Política*, Ed. La Carreta, Bogotá, 1979, pp. 22-23.

9 Germán Colmenares, *Las convenciones contra la Cultura*, Tercer Mundo editores, Bogotá, 1987, p. 180.

10 Germán Colmenares, "La Historia de la Revolución", por José Manuel Restrepo; una prisión historiográfica, en Colmenares y otros, *La Independencia. Ensayos de historia social*; Colcultura, Bogotá, 1986, p. 14.



posición de clase. En el orden colectivo, las tensiones entre la ley y las pasiones surgían, muestra Colmenares, de la contraposición entre la legitimidad de las acciones de los héroes de la clase social a la que pertenecía Restrepo y su desconfianza instintiva frente a "las pasiones que agitan a la plebe", que amenazaban con el caos y la anarquía. Para Restrepo, la colectividad no era un protagonista central sino que aparecía cuando se desencadenaban las pasiones una vez que la multitud había sacudido "el yugo de las autoridades". En resumen, concluye Colmenares, "la búsqueda de Estado fuerte que Restrepo favorecía, no era otra cosa que la consagración del *statu quo* en el que difícilmente hubieran encontrado acomodo fuerzas sociales emergentes".<sup>11</sup>

Estas tensiones sociales y raciales aparecen mucho más implícitas, pero se pueden rastrear en varios de los episodios narrados por este autor, como señala Colmenares: es dicente el contraste entre el apoyo espontáneo de los familiares, dependientes y clientes al general Domingo Caycedo, defensor de la legitimidad en contra de la dictadura de Urdaneta, con el apoyo de las castas a favor del general José Domingo Espinar, antiguo secretario de Bolívar. Como Espinar no podía conseguir "el apoyo de la clase pudiente y notable" de Panamá "ni por su familia ni por sus antecedentes" en la provincia, "lo buscó en los negros, los mulatos y en el resto de la plebe". Es claro que, por encima de sus simpatías políticas, Restrepo defendía la legiti-

midad y temía la lucha racial y social; el movimiento de Espinar es peligroso porque estas alianzas buscaban "desunir las clases de la sociedad". Obviamente, Espinar pertenecía "a la clase del pueblo a quien excitaba" e insolentaba a negros, mulatos y al "resto del pueblo bajo" contra los blancos y vecinos distinguidos. Al año siguiente, "consiguió aterrar a los blancos" con la amenaza de que haría de Panamá "una república semejante a Haití".<sup>12</sup>

De la misma manera, se muestra preocupado por el pronunciamiento del pueblo bajo de Cali a favor de Bolívar al grito de «mueran los blancos y viva el Libertador», lo mismo que por el pronunciamiento de las castas en Riohacha en contra de "la tiranía de Bolívar" para vengar "la sangre de Padilla". Su condena de los patianos se debía a su oposición a la independencia, a su ignorancia, fanatismo y delincuencia: "Los delitos cometidos, el amor al robo y al saqueo, el odio contra el gobierno republicano... y sobre todo las exhortaciones de frailes fanáticos que persuadían a hombres ignorantes".<sup>13</sup>

La visión de Restrepo sobre las castas reflejaba la visión de su grupo social, pues reconocía el valor, la iniciativa y el deseo de mejoramiento social de los jefes militares de origen popular, mestizos y mulatos, pero con algunas reservas; casi todos los generales y coroneles eran "hijos del pueblo y algunos pertenecían a las castas" y habían alcanzado altos grados militares y prominente situación social gracias a "su amor a la patria y su valor indomable". Pero, matiza el autor, la mayoría de ellos no habían recibido "la educación conveniente", ni habían adquirido posteriormente instrucción alguna. De estas carencias provenían "los excesos y los vicios de algunos, que eran insoportables en la sociedad y por tanto aborrecidos". Por esto, nuestro historiador compartía los temores de Bolívar frente a la amenaza de pardocracia, que son fundamentales para entender el pensamiento político del Libertador.

En ese sentido, en 1823 se refería en su Diario a una conjuración de negros contra blancos en los llanos de Apure señalando el peligro de guerra de castas en Venezuela, "donde hay mucho negro atrevido, valiente y emprendedor", recordando los pronósticos del Libertador sobre las posibilidades de

que una vez concluida la guerra contra los españoles se presentara una guerra de los negros contra los blancos. El fantasma de Haití estaba siempre presente. También en la provincia de Cartagena notaba este autor "semillas de desunión con los pardos", promovidas por el senador Remigio Márquez. Por eso, concluye Restrepo, si no tenemos pronto "una fuerte inmigración extranjera, la república corre mucho riesgo de una guerra civil intestina con los negros y mulatos", sobre todo en Venezuela. Estas amenazas de guerra de castas aparecen repetidamente en su obra...<sup>14</sup>

El mismo interés por las bases sociales de la acción política aparece en las luchas en torno a la dictadura de Urdaneta; a la condena moral de los actos contra las instituciones legítimas se sumaba la censura social contra los participantes como el coronel Florencio Jiménez, comandante del batallón Callao en rebeldía, "pardo de Venezuela". La insurrección no contaba inicialmente, dice Restrepo, con jefes capaces de mover a la multitud, pero estaba respaldada por "campesinos ricos" de la Sabana, que movilizaban las milicias de Funza, Serrezuela y Facatativá. Menciona a los "orejones" o propietarios de la Sabana: en la rebelión "hay comprometidos varios campesinos de responsabilidad", y existe "un fuerte partido por el general

Bolívar y contra el actual gobierno" en los campos y alrededores de la Sabana. Y se muestra admirado de que "a hombres tan ignorantes les haya podido hacer comprender la idea de que convendría cambiar el ministerio". En la proclamación de Bolívar y Urdaneta, señala la presencia de "bastantes campesinos de los más miserables" y comenta que los



autores del acta de proclamación fueron "con muy pocas excepciones, personas de ninguna representación", pues no quisieron asistir "los vecinos respetables de la capital" y los que asistieron no firmaron "por no asociarse con gente tan ruin"; después de "la farsa", como la denomina nuestro autor, "el bajo pueblo sacó por las calles el retrato del general Bolívar con músicas y vivas al partido vencedor... mas no iban en la procesión cuatro personas decentes..." Pero, luego, señala Colmenares, Restrepo

registra un cambio; a pesar de sus reservas hacia Urdaneta, registra que "multitud de personas respetables de Bogotá" le pidieron que asumiera el gobierno. Para Colmenares, esto significaba que el gobierno de Urdaneta hacía retornar las cosas a su cauce normal; los veteranos pardos, los campesinos pobres y ricos, los milicianos rurales y otros personajes siniestros regresaban a su papel de mera comparsa y los notables reasumían el control de los hechos.<sup>15</sup>

11 Germán Colmenares, *Las convenciones ...*, pp. 181-185.

12 Germán Colmenares, *La Historia de la Revolución...* pp. 14-16.

13 Germán Colmenares, o. c., pp. 16-17.

14 Germán Colmenares, o. c., pp. 16-18.

15 Germán Colmenares, o. c., pp. 19-21.

Otra de las tensiones que aparece en la obra de Restrepo es la oposición centro - periferia, que no es analizada por Colmenares pero que se presenta dentro de los parámetros de análisis moral de los personajes. En la obra de Restrepo abundan las referencias a las luchas por el control político de las localidades y a los enfrentamientos intra e inter-regionales, que alcanzan su momento culminante en las luchas entre centralistas y federalistas durante la llamada Patria Boba. Es interesante la manera como describe a Camilo Torres, como "el hombre que reunía a su favor la generalidad de la opinión de las provincias", gracias a "su moral severa", "su amor decidido por la independencia y libertad de su país", sus conocimientos legales, políticos y literarios, "y una elocuencia firme y vigorosa". Pero señala igualmente sus defectos: escaso conocimiento del mundo y de los hombres, su «veneración casi idolátrica del modelo federal norteamericano», que pensaba que nuestros pueblos podían adoptar sin ninguna variación, su terquedad en mantener instituciones que la experiencia había mostrado que eran "en gran parte inadaptables a nuestro pueblo" y la oposición decidida a las opiniones políticas de Nariño, que le impedían contemporizar con él,

"como parece que lo exigían las circunstancias de la Nueva Granada". Pero tampoco Nariño sale bien librado del juicio de Restrepo; aunque el Congreso de las provincias puso las bases para la guerra civil con sus intimidaciones a Nariño y su negativa a reconocerlo como presidente de Cundinamarca, fue éste el primero en desenvainar la espada para dar un golpe de mano. El Congreso debería haber procurado ganarse a Nariño para la unión, a la que podría haber sido muy útil "por sus talentos, por su influjo y por sus conocimientos de mundo", pero su dureza contra él causó "grandes males a la Nueva Granada" haciendo perder "días preciosos en que se pudieron asegurar la independencia y libertad".<sup>16</sup>

Estos enfrentamientos personalizados por Restrepo ocultaban problemas más de fondo, como señala Jaime Jaramillo Uribe, como el desarrollo desigual y el aislamiento de las provincias, como herencia colonial, la fuerza de instituciones como los cabildos de villas y ciudades con sus tradiciones y sentimientos localistas, que terminan produciendo "una explosión de aspiraciones locales a la soberanía"; el recuerdo del rígido burocratismo del centralismo colonial hizo que los núcleos provincianos trasmutaran "su hostilidad hacia el viejo sistema en desconfianza y hostilidad a la antigua capital del virreinato", considerada por sus habitantes y algunos notables de las provincias como "la lógica cabeza de un Estado Nacional". Para Jaramillo, Nariño era el más claro promotor de la necesidad de fundar un Estado Nación sobre el territorio del antiguo virreinato. En cambio, la oposición a Santa Fe de Bogotá era particularmente fuerte en las provincias más desarrolladas económicamente como Antioquia, Cartagena, Tunja y El Socorro, con núcleos urbanos importantes como Cartagena, que había sido considerada a veces como posible capital del virreinato y que en tiempos de guerra internacional fungía como capital alterna.<sup>17</sup>

Estas confrontaciones regionales llevan a Alfonso Múnera a argumentar que el fracaso del intento de construcción de la nación se debió a que la Nueva Granada no existía como unidad política; por eso,



cuando se rompe la relación con el Imperio español no hubo una elite criolla con un proyecto nacional sino varias elites regionales con proyectos diferentes, modificados además por la participación decisiva de las clases subordinadas, "con sus propios proyectos e intereses". El punto de partida de este autor es una crítica profunda de la obra de Restrepo, que va más allá de la mera descripción de los hechos para dejar fijados los mitos fundacionales de la nación, que han sido repetidos por los historiadores de generación en generación hasta llegar hoy a ser aceptados como verdades indiscutibles y orígenes constitutivos de nuestra nacionalidad. El primero de esos mitos, sostiene Múnera, es el punto de partida de Restrepo: la afirmación de que la Nueva Granada era, en el momento de la independencia, "una unidad política cuya autoridad central gobernaba el virreinato desde Santa Fe". El segundo mito es la idea de que la elite criolla dirigente de la Nueva Granada se levantó el 20 de julio de 1810 en contra de España "impulsada por los ideales de crear una nación independiente", pero que el proyecto fracasó porque "el genio del mal" introdujo la división entre federalistas y centralistas, de la cual aparece como mayor culpable la ciudad de Cartagena al iniciar la ruptura. El tercer mito sostiene que la independencia fue obra exclusiva de los grupos dominantes criollos, ya que indios, negros y castas se alinearon con la causa realista o jugaron un papel subordinado en la lucha emancipadora.<sup>16</sup>

Este argumento es desarrollado por el autor al mostrar cómo la geografía, el problema de las pésimas comunicaciones, la pobreza del reino y sobre todo la larga tradición de autonomía regional hacían imposible el ejercicio de una autoridad central durante el período colonial. Además, Múnera analiza

las características sociodemográficas del Caribe colombiano haciendo énfasis en el problema del precario control social y político de las autoridades y las elites locales sobre las regiones de frontera, en contraste con la existencia de una sociedad más jerarquizada en los Andes orientales de Colombia. Señala también los cambios profundos en la economía, sociedad y política de la ciudad de Cartagena y los factores que influyeron en los conflictos de Cartagena y Santa Fe a finales del siglo XVIII y primera mitad del XIX; el surgimiento de nuevas fuerzas sociales, la americanización de la elite, el fortalecimiento de una nueva clase de negros libres y mulatos artesanos, la sensación de crisis que predispone a los cartageneros a desafiar el poder virreinal y a buscar soluciones radicales, el conflicto de la poderosa elite regional de Cartagena con la santaferense, sin fuerza suficiente para imponer su proyecto de Estado Nación.<sup>17</sup>

Es interesante la manera como Múnera presenta la consolidación de la ciudad colonial como centro de poder político; desde la conquista inicial, se consolidan las ciudades como centros de jurisdicción sobre la región circundante y símbolos de poder sobre el resto de la provincia. El poder de estas ciudades capitales provinciales se veía fortalecido por la miseria general del reino y las dificultades para el intercambio entre las regiones, que convertía en único punto de referencia la gran ciudad cercana, que terminaba siendo "el objeto de sus más profundas lealtades y la imagen de su identidad". Pero esta situación no era estable, porque apenas adquirían importancia otras ciudades de la región, tendían a desafiar la hegemonía de la capital provincial y a organizar su propio espacio hegemónico de poder, porque ninguna ciudad era ostensible-

16 En Rodrigo Llano Isaza, *Centralismo y Federalismo (1810-1816)*, Banco de la República y El Ancora Editores, Bogotá, 1999, pp. 41-44.

17 Jaime Jaramillo Uribe, "Nación y Región en los orígenes del Estado Nacional en Colombia", en *Ensayos de historia social; tomo II, Temas americanos y otros ensayos*, Tercer Mundo Editores y Ediciones Uniandes, Bogotá, 1989, pp. 110-111.

18 Alfonso Múnera, *El fracaso de una nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1767-1810)*, Banco de la República y El Ancora editores, Bogotá, 1998. Ver la Introducción, pp. 12-13 y 18-19.

19 Alfonso Múnera, o .c, pp. 23-25.

mente superior a las otras. Así, desde fines del siglo XVI. Cartagena y Popayán empiezan a reclamar cierta autonomía frente a Santa Fe, pero dentro de la propia región Caribe, Santa Marta resiente la hegemonía de Cartagena y Mompox busca independizarse de Cartagena desde el siglo XVIII. En el Sur, Cali busca su autonomía frente a Popayán pero su control sobre el valle es desafiado por Buga, mientras que en Antioquia, Medellín logra imponerse sobre Santa Fe de Antioquia; en el Oriente, Tunja y El Socorro buscaban aumentar su autonomía frente a Santa Fe de Bogotá. De modo que la fragmentación regional seguía siendo la característica principal de la Nueva Granada en las vísperas de la Independencia.<sup>20</sup>

Esta fragmentación explica la incapacidad de la elite santafereña para imponerse en el conjunto del país, pero también la debilidad de la elite caribeña para controlar las regiones y grupos subordinados de la propia región; "arrochelados" y pobladores rurales dispersos por un espacio geográfico difícil por las selvas, pantanos y ciénagas, indios cunas, chimilas y goajiros rebeldes, hacían que el Caribe colombiano siguiera siendo, a fines del siglo XVIII, en su mayor parte territorio de frontera. Y buena parte del escaso territorio colonizado había sido logrado al margen de las autoridades españolas por grupos campesinos marginales de "negros cimarrones, soldados fugitivos, mulatos y mestizos aventureros", que buscaban instalarse en sitios apartados, "fuera del alcance de las autoridades civiles y religiosas, hasta bien entrado el siglo XVIII".<sup>21</sup> A esta fragmentación y marginación frente a las autoridades coloniales, se añade "el escandaloso contrabando que tenía lugar en las costas cartageneras y samarias, principalmente de exportación de oro y plata y de importación clandestina de mercancías europeas".<sup>22</sup>

Pero, a pesar de esta situación, Múnera se declara sorprendido de que hubiera podido consolidarse en el mismo espacio y tiempo "una pequeña sociedad ilustrada y refinada en sus gustos europeos" en Cartagena y Mompox:

*«Cartagena era testigo de la existencia de un pequeño grupo de comerciantes sofisticados que leían en diferentes lenguas europeas, que seguían con atención las diarias circunstancias de las naciones más avanzadas de Occidente y que soñaban con el progreso económico, con el liberalismo y la vida espiritual de las capitales europeas. Estos comerciantes, a quienes se les unían pequeños grupos de abogados, sacerdotes, militares y políticos, añoraban realizar el proyecto de modernización de Occidente en las tierras exuberantes y contradictorias del Caribe, rodeados de indios rebeldes, negros cimarrones y mestizos sin patria por quienes sentían el mayor de los desprecios y en quienes no podían ver sino seres inferiores.»<sup>23</sup>*

Pero tampoco estas elites urbanas, fragmentadas entre sí, logran imponerse plenamente en su *binterland* regional ni sobre el conjunto de las clases subordinadas de su ámbito regional: la difícil geografía y la carencia de comunicaciones no permiten que sus ideas modernizadoras se proyecten más allá de sus localidades, de manera que la autoridad de los gobernantes de Cartagena no pasaba de sus inmediatos alrededores. Como sostiene Múnera, los poderosos comerciantes cartageneros no lograron controlar a las elites rivales de Mompox y Santa Marta, ni a los indios rebeldes del Darién y la Goajira, ni a los negros cimarrones de los palenques, ni a los "arrochelados" que preferían vivir libremente en pantanos y ciénagas en vez de la existencia reglada e institucionalizada de los poblados españoles y esta situación se agravaría con la crisis del Imperio español a comienzos del siglo XIX.<sup>24</sup>

Por otra parte, los enfrentamientos de esta elite cartagenera, expresada en el Consulado de Comercio de Cartagena, con los comerciantes santafereños apoyados por los virreyes en torno a los caminos internos entre la Costa y el interior, el abastecimiento de harina y el comercio con los Estados Unidos y otras colonias del Caribe, llenan la historia de la segunda mitad del siglo XVIII y prelu-

dian los enfrentamientos de la primera mitad del XIX. Para Múnera, estos conflictos fueron la causa de que Cartagena se insubordinara contra la autoridad del virrey Amar, bastante antes del 20 de julio de 1810. Por eso, sostiene este autor, la pugna entre federalistas y centralistas no fue sino el disfraz ideológico que encubría la vieja lucha colonial entre los esfuerzos de las elites regionales por consolidar su autonomía frente al exterior y su control interno sobre sus provincias y "la vieja tendencia a construir un gobierno central en los Andes orientales"<sup>25</sup>

Por eso, Múnera se opone a ver las razones del fracaso del intento de construcción del Estado Nación en las luchas entre centralistas y federalistas durante la llamada Patria Boba, como hacen Restrepo y los historiadores subsiguientes; esta postura metodológica oculta las continuidades evidentes entre Colonia y República, no solo respecto de las estructuras sociales y culturales sino también de "los hombres de carne y hueso en el control de los instrumentos de poder". Para este autor, es obvio que los esfuerzos iniciales de las elites cartageneras contra el virrey de Santa Fe no estaban dirigidas a reemplazar el virreinato por la construcción de

*La pugna entre  
federalistas y centralistas  
no fue sino el disfraz  
ideológico que encubría la  
vieja lucha colonial entre  
los esfuerzos de las elites  
regionales por consolidar  
su autonomía frente al  
exterior y su control  
interno sobre sus  
provincias y "la vieja  
tendencia a construir un  
gobierno central en los  
Andes orientales"*

una nación sino a buscar la autonomía política y económica de su región como ámbito de su poder.<sup>26</sup>

Para Múnera, la guerra entre centralistas y federalistas nada tenía que ver con credos políticos sino con las ambiciones de los criollos de Santa Fe de expandir su territorio a expensas de Tunja y buscar dividir las provincias estimulando la separación de las ciudades rivales de las capitales provinciales. Para todas las elites regionales, federalistas o centralistas, era más importante la defensa de los intereses de sus provincias que la construcción de un Estado Nacional, ya que la tradición de autonomía política practicada por sus gobiernos provinciales era más antigua que los intentos borbónicos de un control más centralizado. Por eso, la autoridad de los virreyes no estaba muy consolidada dada su creación reciente y las condiciones adversas en que se establece. Por eso, sostiene Múnera, una vez expulsado el virrey Amar, Santa Fe carece de hegemonía sobre el resto de las provincias y sus intentos de establecer un control militar fracasaron cuando se opone Cartagena, donde residía el poder militar del virreinato. Pero el problema de la fragmentación se

20 Alfonso Múnera, o. c, pp. 50-52.

21 Alfonso Múnera, o. c, pp. 58-59.

22 Alfonso Múnera, o. c, p. 65.

23 Alfonso Múnera, o. c, p. 74.

24 Alfonso Múnera, o. c, p. 75.

25 Alfonso Múnera, o. c, p. 167.

26 Alfonso Múnera, o. c, pp. 166-167.

agravaba porque también fracasaron los intentos de la Confederación para crear un Estado Nacional Federal por falta de voluntad política real de las elites regionales más fuertes, como la de Cartagena. Por eso, la unión federal era meramente nominal, pues cada estado obraba por su cuenta, sin que el poder ejecutivo federal tuviera a sus órdenes ejército, tesorería ni fuerza física o moral que permitiera exigir obediencia ni coordinar la defensa del país frente a la reconquista realista.<sup>27</sup>



### EL DESAFÍO: ¿CÓMO CONSTRUIR UNA NACIÓN?

Esta discusión sobre el modelo historiográfico y el proyecto político implícito en la obra de Restrepo ilustra las dificultades para la construcción de un Estado nacional en Colombia lo mismo que los retos que esa tarea implicaba para los gobernantes de la joven república. A mi modo de ver, la contribución de las críticas de Colmenares y de Múnera muestran las limitaciones de las lecturas dominantes sobre el proceso de construcción del Estado nacional en la Colombia del siglo XIX; el trasfondo elitista, moralista, clasista e institucionalista es evidenciado por Colmenares, mientras que la contribución de Múnera señala la no existencia de un proyecto nacional liderado por una oligarquía nacional unificada, que pudiera articular los intereses regionales y de las clases subordinadas. El problema de fondo es que la mayor parte de los análisis suponen una patria y una nación previamente existentes, una entidad política que se independiza del Imperio español, cuando la realidad es que esa nación se construye a partir de la ruptura de la independencia. El desafío que afrontaban nuestros próceres era cómo construir una nación cultural y políticamente homogénea a partir de un Estado construido sobre la base de una unidad administra-

tiva del Imperio español y de una sociedad de castas y de jerarquías de poblaciones y privilegios, precisamente en el momento en que estas jerarquías empezaban a ser amenazadas por el creciente mestizaje y un nuevo estilo de poblamiento no sujeto a los controles y jerarquías del Estado español. Además, las reformas centralizantes de los Borbones significaban un profundo cambio en las relaciones del Estado español con sus colonias, con los gobiernos coloniales y las clases dominantes de esas sociedades coloniales.

La magnitud de ese desafío es presentado por Marco Palacios desde el punto de vista de la fragmentación de las elites regionales; la nueva época inaugurada por la Independencia "se caracteriza fundamentalmente porque *las clases dominantes* que emergen de la Colonia enfrentan la tarea de *dirigir políticamente la nación recién inventada*". Esto significa, dice Palacios, que "la clase dominante en su conjunto" debe convertirse en "*clase hegemónica*"... *«autopostular su vocación de clase dirigente nacional, desbordar el localismo colonial, superar su propia fragmentación interna, la dispersión regional del poder»*. Y, además de esta superación de la dispersión y fragmentación del poder, esta clase dirigente nacional debe "*buscar en las nuevas estructuras jurídico-políticas el medio eficaz para conseguir su propia unidad orgánica*".<sup>28</sup>

Esta afirmación de Palacios podría servir para caracterizar el desarrollo ulterior de la historia colombiana; su argumento es que la fragmentación regional del poder político a lo largo del siglo XIX no era sino "la expresión desnuda y más visible de la ausencia de una auténtica *clase hegemónica* capaz de unificar políticamente a la nación e integrar —representándolas— a las demás facciones de la clase dominante dentro del marco de un estado moderno y unitario". Las aristocracias criollas, "arraigadas en ciudades y regiones relativamente autónomas", se ven afrontadas con la Independencia a dos tareas políticas fundamentales :

"a) concebir y formular una ideología "nacional" capaz de expresar los intereses de *todas las cla-*

...ses sociales conscientes que participaron en el movimiento de la Independencia y de aglutinarlas en torno de un proyecto político y social viable.

b) Reestructurar el estado o sea generar una organización política republicana por medio de la cual sea posible extender el dominio sobre toda la sociedad y dirigir políticamente la "nación".<sup>29</sup>

El problema, señalado también por Múnera, era la inexistencia de consensos ideológicos y políticos entre "las facciones localistas de la aristocracia criolla" y la dificultad que afrontaban los dirigentes para proponer "fórmulas viables sobre la reestructuración estatal en aspectos tan substantivos como el sistema hacendatario y fiscal, la creación de una burocracia civil o la conformación de un ejército centralizado". En ese sentido, Palacios muestra que en las condiciones de la modernidad (caracterizada por el desarrollo económico, el progreso técnico, la consolidación de la nación y la ampliación de la ciudadanía inaugurada por la Revolución Francesa), era obvio que "la sociedad, la economía y la polis que emergen de la colonia" se presentaban como "congregados arcaicos", que todo fragmentaban: la historia, la geografía, la tradición, las relaciones interétnicas, el atraso material expresado en "la permanencia de formas precapitalistas de producción y la inexistencia de un mercado interno".<sup>30</sup>

Obviamente este problema de la unificación política no se presentaba en el período colonial aunque "cierto sentimiento nacional" se fue moldeando durante los siglos XVII y XVIII por las crisis y fisuras del sistema colonial derivadas de las relaciones entre el centro de la metrópoli y las periferias americanas, "dentro de un orden imperial que

excluía la misma categoría nacional". Las ciudades provinciales, escenario casi exclusivo de la lucha política entre facciones rivales del patriciado criollo, se fueron transformando hacia la mitad del siglo XVIII en los centros de la resistencia política del patriciado criollo contra el centralismo borbónico, que intentaba tardíamente modificar las relaciones del Imperio español con las colonias americanas. Además de los problemas de índole económico como las restricciones a las actividades económicas, la política comercial y el celo fiscalista expresados en las reformas borbónicas, los patricios criollos se resistían a la reorientación social y laboral que suponían. Palacios toma "los juicios de pureza de sangre" y los ataques a "las compras de blanca" como ejemplo del doble resentimiento de los "españoles americanos" contra los «superblancos peninsulares» que les bloqueaban el acceso hacia la alta burocracia colonial y el comercio trasatlántico y contra los mestizos y mulatos, como clase en ascenso, que se apoyaba en las reformas borbónicas para "igualarse" con los notables criollos.<sup>31</sup>

Estos resentimientos y enfrentamientos fueron conformando el imaginario criollo que percibía cada vez más a los gobernantes reformistas de la segunda mitad como *el enemigo externo* en la medida en que sus reformas pretendían despojar a los notables criollos del manejo de los asuntos locales. Por lo demás, era una política difícil de llevar totalmente a la práctica, porque los criollos estaban "bien atrincherados en la administración local desde el siglo XVII"; por eso, las reformas borbónicas fueron menos efectivas de lo que se pensaba en Madrid, pues los criollos tuvieron "oportunidad y tiempo" para agruparse en los cabildos municipales, centro esencial de su poder. Desde allí, en una primera fase, se

27 Alfonso Múnera, o. c., pp. 170-171.

28 Marco Palacios, "La fragmentación regional de las clases dominantes en Colombia. Una perspectiva histórica", en Marco Palacios, *Estado y clases sociales en Colombia*, PROCULTURA, Bogotá, 1986, p. 89.

29 Marco Palacios, o. c., p. 90.

30 Marco Palacios, o. c., pp. 90-91.

31 Marco Palacios, o. c., p. 96.

organizó la defensa de sus privilegios adquiridos, y, en un segundo momento, "se trató de organizarse políticamente para la Independencia".

Pero ni la existencia de un enemigo externo común ni la común dependencia de un soberano absoluto crean sentimientos de identidad compartida ni de pertenencia a una patria común (*Comunidad Imaginada de destino y origen común, presente compartido con compatriotas*, en el sentido de Benedict Anderson). Además, esta percepción de enemigo común no era compartida homogéneamente por los americanos ni por los neogranadinos, como lo evidencian las resistencias de Santa Marta y Pasto a la causa patriota. Este problema es percibido agudamente por Bolívar cuando se pregunta sobre la identidad de estas naciones y de sus clases dirigentes: comparando el estado de América con la desmembración del Imperio Romano, señala que la ruptura con Roma hizo restablecer las "antiguas naciones" con algunas modificaciones, que formaron sistemas políticos conformes a sus intereses y circunstancias, "o siguiendo la ambición particular de algunos jefes, familias o corporaciones". En cambio, en el caso americano no es posible el regreso a una nación preexistente, ni a unas tradiciones culturales previas, ni a un derecho previo legítimamente adquirido, lo que significa que Bolívar se distancia de la concepción protonacional de Restrepo: "nosotros... apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue", y "no somos ni indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles". Esa situación ambigua e intermedia coloca a los criollos en una situación complicada, entre dos fuegos, "siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa", tenemos que disputar éstos a los del país y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores".<sup>32</sup>

Sin embargo, Palacios cree que este acertado juicio de Bolívar, que evidenciaba "un aguzado sentido de clase", era más aplicable a Venezuela por las connotaciones de clase aparecían en la lucha emancipadora que a la Nueva Granada, cuyos conflictos

sociales eran menos agudos por la menor población indígena y negra y el creciente y generalizado mestizaje. Por eso, el conflicto político se concentró en el propio interior de la aristocracia criolla; el localismo y provincianismo de la aristocracia criolla hizo que la lucha por la legitimidad del poder se diera en torno al puesto que le correspondía a cada provincia en la nueva ordenación política territorial

*"no somos ni indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles"*

y al grado de control que debería tener el centro sobre las provincias que aceptaban formar parte de la nueva nación.<sup>33</sup> Este conflicto es también ilustrado por Palacios con los testimonios de nuestro historiador Restrepo:

...la anarquía laceraba las provincias y hacía rápidos progresos. Apenas hubo ciudad, ni villa rival de su cabecera, o que tuviese algunas razones para figurar, que no pretendiera hacerse independiente y soberana para constituir la unión federal o para agregarse a otra provincia. La de Tunja fue despedazada por bandos acalorados, y de sus poblaciones principales, unas querían Junta en la capital, otras unirse a Santa Fe y otras, con Sogamoso, erigirse en provincia. Con la misma pretensión se apartó Mompo de Cartagena y Jirón de Pamplona, establecióse en Jirón una junta a cuyo frente se puso el respetado eclesiástico doctor Eloy Valenzuela bajo el título modesto de capellán. Ambalema no quiso depender de

Mariquita; Nóvita del Citará y otros lugares de sus respectivas capitales. Donde quiera que hubo un demagogo o un aristócrata ambicioso que deseaba figurar, se vieron aparecer juntas independientes y soberanas, aún en ciudades y parroquias miserables como Nare, las que pretendían elevarse al rango de las provincias... Se necesitaban actos vigorosos por parte de las juntas provinciales para contener *los programas del mal*...<sup>34</sup>

Esta lucha contra el mal generalizó la guerra civil de entonces, lo que lleva a Palacios a sostener que, tanto en los orígenes de la nación como en los conflictos civiles y militares de todo el siglo pasado, se evidencia el hecho de que ni el "centro", ni ningún foco provincial importante lograba conseguir "lo que Weber llamó el monopolio de la violencia". El problema cualitativamente nuevo que surge con la Independencia tiende a ser, según Palacios, de signo contrario a la preocupación actual sobre la cuestión regional en América Latina, que parte del papel determinante del Estado central, pues, la pregunta que se plantea este autor es la de cómo se construye un Estado Nacional a partir de la fragmentación regional heredada de la Colonia. Y mucho más, cuando todo el discurso independentista achacaba todos los males de los pueblos americanos "al implacable monopolio comercial y a la voracidad fiscal de la Metrópoli".<sup>35</sup>



## RAÍCES COLONIALES DE LA REPÚBLICA

Esta afirmación de Palacios, lo mismo que los análisis de Múnera, plantean el problema de las relaciones del nuevo Estado republicana con la sociedad que emergía de la época colonial. Como nos recuerda Charles Tilly, por lo general los Pueblos suelen construir sus instituciones remodelando y juntando pedazos de las estructuras sociales previamente existentes en vez de inventar formas enteramente nuevas, puesto que nuevas configuraciones implican costos sustanciales de transacción para su creación, desarrollo, articulación y aprendizaje, de modo que el simple ahorro significa ventajas para las relaciones y las comprensiones ya aprendidas. Así que tanto la construcción de identidad nacional como de la ciudadanía aprovecha los ya existentes lazos sociales de exclusión e inclusión.<sup>36</sup>

Por eso, como muestra Jaime Jaramillo Uribe, existía cierta lógica de continuidad en el hecho de que las nuevas naciones y las nuevas formaciones políticas se crearan sobre la base de las unidades administrativas y políticas de la Colonia española. Su juicio matiza parcialmente algunos de los planteamientos anteriores, pues afirma que, a pesar del aislamiento de las regiones y las dificultades de transporte y comunicación, el territorio neogranadino poseía "algunos factores de unidad", que podrían considerarse "como gérmenes positivos para la posterior formación de un Estado-Nación en el sentido moderno". A pesar de la inexistencia de un mercado nacional y del escaso intercambio comercial entre las regiones, no faltaba del todo cierto comercio interno entre las regiones oriental y occidental, y entre el Oriente y la Costa Caribe. Además, existía algún grado de percepción de semejanzas y

32 Simón Bolívar, *Obras Completas*, Ed. Lex, La Habana, 1950, vol I (1799-1824). p.164.

33 Marco Palacios, o. c, pp 102-103 y 104-105.

34 Citado por Marco Palacios, o. c, p.104.

35 Marco Palacios, o. c, p.101.

36 Charles Tilly, "Citizenship, Identity and Social History", en Charles Tilly (ed), *Citizenship, Identity and Social History*, suplemento de la *International Review of Social History*, University Press, Cambridge, 1996, p.9.

diferencias en el conjunto de los virreinos, audiencias y capitanías por parte de los gobernantes del Imperio, como lo muestra la propuesta del conde de Aranda y Godoy de dividir a Hispanoamérica en tres monarquías bajo el poder de tres príncipes españoles, articuladas a España con un emperador. La misma percepción aparece en los líderes de la Independencia, como lo evidencia la clarividente Carta de Jamaica de Bolívar,<sup>37</sup> así que las unidades administrativas coloniales y las naciones sobre ella edificadas no son del todo arbitrarias, pues correspondían a la existencia de ciertas diferencias geográficas, de riquezas naturales y algunos antecedentes prehispánicos de tradición y cultura.<sup>38</sup>

También matiza este autor las críticas al centralismo y a la ineficiencia del Estado colonial, ya que considera que la organización burocrática del virreinato mantenía "cierto control político y administrativo sobre el vasto territorio", a pesar de sus vicios e ineficiencia. Además, aunque reconoce que la organización española de estos territorios tuvo un carácter acentuadamente centralista e interventor, insiste en señalar que este principio centralista era "hábilmente combinado con un cierto grado de autonomía de las grandes regiones, impuesto por el aislamiento geográfico y por la deliberada voluntad política de España". Con relación a la identidad cultural, las relaciones de los pobladores con la Real Audiencia primero y el virreinato después, el Tribunal de Cuentas y las Cajas reales, fueron, según Jaramillo, "formando ciertos hábitos y conciencia de pertenecer a un Estado que cubría con su acción los límites del virreinato". A esto se añadía la unidad monetaria, aunque hay que recordar la debilidad de la economía monetaria de entonces. También subraya este autor "una cierta unidad cultural" de la elite dirigente formada por "la lengua, la religión y cierto corpus de ideas que las universidades y seminarios habían transmitido a sus miembros durante el período colonial: jurisprudencia, teología, retórica y algo de ciencia moderna en las postrimerías del virreinato". Por eso, sostiene Jaramillo, la elite criolla de fines del siglo XVIII, en las vísperas de la

Independencia, "tenía la conciencia de pertenecer a una unidad territorial y política que se llamaba Nueva Granada".<sup>39</sup>

La existencia de cierta elite protonacional aparece también en los análisis de Margarita Garrido, que señala las continuidades entre la vida política colonial y los comienzos de la república<sup>40</sup>, sobre todo a partir de las identidades locales. Con ocasión de las elecciones de diputados americanos para las Cortes, ordenadas en 1803 por la Junta Central, se evidencia la importancia política y el cubrimiento protonacional de la red criolla de poder; Camilo Torres fue elegido en 6 de las 13 provincias y Joaquín Camacho en 5, superando de alguna manera el localismo provincial. En el sorteo final fue elegido Antonio de Narváez, figura dominante de las provincias de la Costa Atlántica. Garrido identifica entonces una amplia zona de influencia, "cuyo centro estaba en Santa Fe, Tunja, Mariquita, Pamplona, Socorro y Neiva, provincias todas vecinas del altiplano central y que mantenían lazos políticos con la capital". En estas elecciones, normalmente las provincias combinaban sus votos por figuras locales, así no vivieran en la zona, con los nombres de los criollos más importantes, lo que muestra, según la autora, la influencia de la elite santafereña en otras provincias como Antioquia, Popayán y los Llanos, junto con "una clara intención de elegir verdaderos representantes del virreinato". Y el hecho de que Garrido señale que estas elecciones muestran también que las conexiones entre el centro del país y la Costa eran más débiles que las existentes entre el centro, los Llanos y valles orientales y las riberas del alto Magdalena y del Río Cauca, confirma mucho de los análisis de Múnera, antes señalados. El territorio de estas provincias cubiertas por la red protonacional coincide claramente con el de la actual Colombia y deja por fuera a otras regiones que formarían parte de Venezuela, Ecuador y Panamá.<sup>41</sup>

Sin embargo, esta red protonacional tenía sus límites en el patriotismo local predominante, producto de las rivalidades y disensiones, rivalidades entre ciudades y villas vecinas, que van a ser impor-

tantes para las alineaciones políticas subsiguientes. A estos conflictos se suman los desafíos que las nuevas poblaciones y el mestizaje presentaban para la jerarquización española de las poblaciones y de la sociedad colonial de castas. Esta situación da origen a formas locales de patriotismo, que no se definía por la oposición a una versión hispánica del mismo, ni por lazos con otras localidades y regiones del virreinato, "sino por la posición que ocupaba una población con respecto a sus vecinos"<sup>42</sup> También subraya la autora la continuidad de los esfuerzos de las poblaciones por mejorar su situación dentro de la jerarquía de ciudades y por conseguir autonomía frente a la inmediatamente superior, pues existía "una convicción profunda entre la categoría de la gente y la del lugar donde eran vecinos". Esta actitud se refleja, durante la Colonia, en los reclamos y quejas judiciales que son el objeto central del libro de Garrido, y, durante la Independencia, en la identificación de libertad con "la soberanía y la autonomía locales". Por eso, la autora termina señalando cómo estas actitudes no políticas y prepolíticas terminan desembocando en tomas de posición claramente políticas; las lealtades básicas a pertenencias locales y los lazos o rivalidades entre poblaciones tuvieron un "uso político partidista" y terminaron expresando apoyo a la Junta o al Congreso.<sup>43</sup> (Y a las tendencias centralistas y federalistas de la Patria Boba, lo mismo que terminarán

más tarde por adscribirse en los partidos conservador y liberal).

Estos matices introducidos por Jaime Jaramillo Uribe y Margarita Garrido nos llevan a tratar de formular el problema de otra manera, tratando de definir mejor la naturaleza de la presencia del Estado español en Hispanoamérica, a partir de sus relaciones con los poderes locales existentes en la sociedad. En un trabajo sobre el caudillismo latinoamericano, que se basaba en mi tesis de maestría,<sup>44</sup> buscaba establecer la tendencia de los poderes locales hacia cierta autonomía en el estilo particular del centralismo del Estado español y en la correspondiente articulación de las oligarquías locales con las autoridades españolas en las colonias y en la distante metrópoli. El estilo español de gobierno centralizador, con su complicado sistema de controles internos mutuos e instituciones que se contrabalanzaban entre sí, buscaba evitar la aparición de un centro alternativo de poder en las colonias hispanoamericanas pero también impidió que las autoridades coloniales tuvieran un poder real en ellas. Esta situación obligó muchas veces a dichas autoridades a entrar en un juego político informal aunque muy real con los poderes privados de las clases dominantes criollas, la necesidad de una especie de consenso político transformó a los teóricamente autoritarios virreyes en intermediarios políticos entre las oligarquías locales y la Corona española.<sup>45</sup>

37 Jaime Jaramillo Uribe, "Nación y Región en los orígenes del Estado Nacional en Colombia", en *Ensayos de Historia Social*, Tercer Mundo Editores y Ediciones Uniandes, Bogotá, 1989, tomo II, pp. 106-109.

38 Jaime Jaramillo Uribe, o. c., pp. 105-106.

39 Jaime Jaramillo Uribe, o. c., pp. 108-109.

40 Margarita Garrido, "La Política local en la Nueva Granada, 1750-1810", en *Anuario de Historia Social y de la Cultura*, # 15, 1987 y "Propuestas de identidad política para los colombianos en el primer siglo de la República", en Javier Guerrero (compilador), *Iglesia, movimientos y Partidos: Política y violencia en la historia de Colombia*, Memorias del IX Congreso de Historia, Tunja, 1995.

41 Margarita Garrido, *Reclamos y Representaciones. Variaciones sobre la política en el Nuevo Reino de Granada, 1770-1815*, Banco de la República, Bogotá, 1993, pp. 94-99, especialmente p. 98.

42 Margarita Garrido, o. c., pp. 190-193.

43 Margarita Garrido, o. c., p. 329.

44 Fernán E. González, *Sociedad y Poder político bajo la dominación española. Antecedentes históricos del problema del Estado nacional*, Tesis para la maestría en Ciencia Política, Universidad de los Andes, Bogotá, 1980.

45 Fernán E. González, "Caudillismo y Regionalismo en el siglo XIX latinoamericano", CINEP, Bogotá, 1982, pp. 12-13.

La importancia del estudio del fomento deliberado de las rivalidades grupales y personales, particularmente entre elites, dentro de un Estado autoritario o absolutista es considerada clave por Norbert Elias para determinar las reales estructuras del poder. De ahí su crítica a la historiografía tradicional por descuidar este campo: "cuando se considera la historia en lo esencial, como un conjunto de planes e intenciones razonables y premeditados que tienen hombres o grupos concretos de hombres, las rivalidades y celotipias de las elites aparecen entonces fácilmente como fenómenos secundarios para el proceso o la "interpretación de la historia". Según él, la falta de formación sociológica impide a algunos historiadores políticos distinguir entre ideología y reparto efectivo del poder, lo mismo que identificar el papel de la ideología en ese reparto de poder. Por eso, cree que es útil un estudio del aparato del poder bajo los reyes absolutos, y especialmente "el cultivo meti-

culoso de las tensiones entre grupos dirigentes bajo Luis XIV", que podría ayudar a entender el comportamiento del líder del nacionalsocialismo. Se trata de la función que tiene el equilibrio de tensiones entre los grupos dirigentes, "para mantener un campo de poder particularmente grande de un autócrata real" dentro de la estructura de un estado absolutista o autoritario. Una investigación profunda de esas estructuras reales de poder comprueba, según Elias, "la inexactitud de la idea de un Estado sin conflictos, unido bajo un rey absolutista, así como que es una ficción la idea de un Estado monolítico nacional-socialista bajo el

Führer". Así, concluye, el análisis comparado, que hace el autor de "las autocracias consolidadas en un campo de poder relativamente muy diferenciado" ayuda a detectar la manera espontánea como las rivalidades y envidias que los grupos dirigentes no pueden superar "los hacen a todos dependientes del autócrata".<sup>46</sup>

Además, esta deliberada delimitación de poder por este sistema de equilibrio de poderes significó también que la autoridad virreinal se limitara, la mayor parte del tiempo, a la capital del virreinato y a las regiones vecinas, siendo casi nominal en las provincias. Esta debilidad empeoraba si se consideraba el aspecto económico, ya que los virreinos, capitanías generales y presidencias eran a veces meras unidades administrativas sino una real unidad económica entre las diversas regiones, por la inexistencia de un verdadero mercado interior que las articulara. Obviamente, había muchas diferencias entre los diferentes virreinos, ya que



Nueva España y Perú estaban bastante más integrados económicamente que Nueva Granada y Río de la Plata. En algunos casos, la Independencia produjo una mayor desarticulación de las relaciones entre las regiones y el antiguo centro de poder colonial, especialmente cuando no existía unidad económica. Por eso, normalmente muchas de estas provincias desafiaron la supremacía teórica de la antigua capital virreinal, sobre todo cuando ésta no tenía la supremacía económica, como es el caso de Santa Fe de Bogotá, cuyas pretensiones de hegemonía parecían infundadas.<sup>47</sup>

Este estilo de relación entre el gobierno centralizador y los poderes locales ha sido caracterizado por Charles Tilly como de *dominio indirecto del Estado*, contrapuesto al modelo de Estado *consolidado*, que es el modelo de Estado nacional normalmente considerado por los teóricos de la Ciencia Política. Según Tilly, las necesidades económicas y de reclutamiento masivo de la guerra obligaron a los grandes Estados europeos a pasar al *dominio directo* sobre sus poblaciones: en vez de apoyarse sobre "intermediarios en gran medida autónomos, como grandes terratenientes, clérigos, ayuntamientos y comerciantes para gobernar a través de ellos", las autoridades centrales "crearon organizaciones que penetraron en las comunidades, e incluso en los hogares, a través de los impuestos, las quintas, los censos, la educación pública y otras formas de control". Además, los funcionarios del gobierno central se dedicaron, "como nunca antes", a la promoción de una única y homogénea versión de la cultura nacional, "en forma de idioma, comunicación, arte, educación y creencias políticas". Estos gobiernos también se dedicaron a delimitar los recursos de población, capital, trabajo, mercancías y tecnologías al interior de sus fronteras nacionales, controlando sus movimientos dentro de los límites fronterizos definidos por geógrafos, militares y políticos, ideado políticas que afectan el empleo de esos recursos, coordinando su uso y afirmando "la supremacía del Estado sobre esos recursos".<sup>46</sup>

Este modelo de Estado aparece ejemplificado en la Revolución Francesa, especialmente a partir del reclutamiento masivo, y en el Imperio napoleónico, que produce transformaciones similares en los países adversarios. Por las necesidades del reclutamiento de tropas y de los recursos económicos, estos Estados se apoyaron en definiciones más am-

plias e igualitarias de ciudadanía. Desde 1793, a raíz de la derrota en Neerwinden y la defección del general Dumouriez, empieza el reclutamiento masivo, los revolucionarios empiezan conscientemente a llamarse entre sí como ciudadanos y a insistir en el servicio militar como testimonio de ciudadanía. Por otra parte, se suprimen los títulos y distinciones estamentales para llamar ciudadanos por igual a todos los antiguos súbditos del monarca. El título de ciudadano describe la experiencia y la representación pública de obligaciones mutuas entre las personas individuales y el Estado. La Revolución francesa, sostiene Tilly citando a Pierre Rosanvallon, amplía sustancialmente el alcance de ciudadanía por la ecuación de derechos civiles y políticos basada en la soberanía popular: toda persona digna y responsable no solo debía gozar de la protección estatal sino participar directamente en el gobierno de la nación. Para Tilly, solo quedaba una pregunta: cómo identificar a los dignos y responsables y cómo excluir al resto.<sup>47</sup>

Muy distinta será la evolución histórica de países como Rusia, Hungría, Polonia, Portugal y Castilla, y sus herederos hispanoamericanos, donde el Estado no logra distanciarse de la sociedad para penetrarla y controlarla por medio de una burocracia estatal autónoma y un ejército con pleno monopolio de la fuerza, sino que debe negociar permanentemente con micropoderes relativamente autónomos. No se da entonces un dominio directo del Estado sobre la sociedad sino que el Estado en las localidades y regiones funciona por medio de la estructura jerárquica de la sociedad; las jerarquías sociales de la época colonial ejercen el poder local, con cierta autonomía relativa, en los cabildos de notables, hacendados y mineros, y se articulan con la metrópoli a través de la lealtad al soberano espa-

46 Norbert Elias, *La Sociedad Cortesana*, Fondo de Cultura económica, México, 1996, pp. 361-363.

47 Fernán E. González, o. c., pp. 13-14.

48 Charles Tilly, "Cambio social y Revolución en Europa: 1492-1992", en *Historia Social*, # 15, 1993, p. 79.

49 Charles Tilly, "The emergence of Citizenship in France and elsewhere", en Charles Tilly (ed), *Citizenship, Identity and Social History*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996.

ñol y a sus representantes en la capital de la respectiva colonia.<sup>50</sup>

La idea central de la historia comparada que hace Charles Tilly de la formación de los Estados nacionales europeos es su afirmación de que la concepción de un plan maestro de construcción del Estado es un mito, "una racionalización conveniente *ex post facto* para los que finalmente acceden al poder", ya que las estructuras de los Estados Nacionales son, en buena medida, "productos secundarios e impremeditados de la guerra y otras actividades a gran escala relacionadas con ella". Para Charles Tilly, el problema es generalizar el modelo de Estado Nacional de los estados consolidados a casos como el de España e Iberoamérica: "la combinación de una estructura relativamente centralizada con serios obstáculos para la acción unitaria del Estado..."; propia de España y sus herederos iberoamericanos durante largos períodos, no es una patología o excentricidad con respecto de los modelos comúnmente aceptados de construcción de estados naciones, sino "la consecuencia previsible del tipo de negociación acordada tradicionalmente entre los soberanos y los poderosos en el proceso de crear una estructura centralizada."<sup>51</sup>

De ahí se deduce que el problema del desarrollo político del Estado debe plantearse tanto en términos de la interrelación cambiante entre localidad, región y nación como en términos de las interrelaciones entre los estratos sociales. Y esas interrelaciones son generalmente conflictivas, pues, como muestra Norbert Elías, los procesos hacia una mayor interdependencia funcional generan siempre tensiones estructurales, conflictos y luchas, que puede ser manejables o no. Esto aparece, según él, en los procesos de construcción de nación, donde aparecen interconectados dos tipos principales de procesos de integración, "cada uno de ellos con sus luchas de integración específicas: los procesos de integración o regional y los procesos de integración de los estratos sociales".<sup>52</sup> En ese sentido, Elías afirma que los partidos nacionales y los gobiernos de partido, por ineficaces que parezcan, expresan "una

etapa del desarrollo de las sociedades en la que la integración de la población estatal se ha hecho más estrecha, en la que ya no es posible tomar las decisiones que afecten por completo las vidas de un país sin canales regulares de comunicación entre quienes toman las decisiones y quienes se ven afectados por ellas".

Esta situación significa que el balance de poder entre gobernantes y gobernados ya no es tan desigual como solía ser antes y hay que recurrir a la participación ciudadana para legitimar el poder. Por ello, sostiene Elías, "la naturaleza de los partidos en los diferentes países es un indicador bastante exacto de este balance de poder y de sus fluctuaciones", pues existe una relación evidente entre "la institución social de los partidos y las particularidades de los Estados nacionales". Así, las sociedades integran las particularidades de sus regiones y estratos sociales subordinados cuando "la interdependencia funcional entre sus regiones y sus estratos sociales, así como sus niveles jerárquicos de autoridad y subordinación " se hacen "lo suficientemente grandes y lo suficiente recíprocos" para que ninguno de ellos pueda subestimar a los otros.<sup>53</sup> Entonces, se podría concluir que la fragmentación política de Colombia y sus dificultades para la construcción de un verdadero Estado nacional obedecen a la debilidad de esta interdependencia funcional entre sus miembros y entre las regiones que componían su territorio.



## EL PAPEL DEL BIPARTIDISMO EN COLOMBIA

En el caso de Colombia, los partidos tradicionales han desempeñado, al menos durante el siglo XIX y la primera mitad del XX, la función de mediación entre el Estado y los grupos dominantes de la sociedad como respuesta a la fragmentación del poder en los niveles nacional, regional y local, que

caracteriza la historia independiente del país al desaparecer el poder unificador de la Corona española. Para entender las vicisitudes de estos partidos, hay que combinar la mirada de los conflictos nacionales con la consideración de los conflictos en las localidades y regiones. Este proceso supone, en primer lugar, la existencia de grupos oligárquicos que compiten entre sí por el control político de su región o localidad, donde se mezclan los intereses económicos con las rivalidades personales y familiares, enfrentamientos intrafamiliares, choques generacionales, etc, combinada con la existencia de rivalidades intraregionales e interregionales por motivos de diversa índole, rivalidades económicas o conflictos de carácter político-administrativos. En segundo lugar, la existencia de intereses regionales y locales contrapuestos a los intereses de largo plazo y de conjunto de la nación en formación. Y en tercer lugar, la existencia de varios proyectos de unidad nacional, expresados casi siempre por grupos de intelectuales y burócratas, localizados generalmente (pero no siempre) en la capital de la nación. De ahí la importancia de analizar las relaciones que se establecen entre la burocracia de la capital, las burocracias regionales y las redes de parentesco o interrelación entre las elites regionales y locales.<sup>54</sup>

Esto hace que la lucha política se desarrolle en varios niveles, pero interconectados entre sí, que se refuerzan entre sí. Por una parte, se da una competencia entre los diversos grupos o redes de poder local y regional, cuyos orígenes se remontan casi siempre a los tiempos coloniales, que busca aliarse con los de otras regiones y con los grupos de orden nacional que tratan de consolidarse desde el centro de la nación, para proyectarse en el nivel nacional tratando de imponer sus intereses más allá de sus fronteras provincianas. Por otra parte, se da una competencia entre diferentes proyectos de articulación o unifica-

ción nacional, cuyos promotores necesitan el apoyo de las oligarquías regionales y locales para lograr la hegemonía sobre el conjunto de la sociedad nacional. Generalmente, esos diferentes proyectos se expresan en programas políticos abstractos, elaborados



generalmente por intelectuales y burócratas, casi siempre de procedencia urbana e incluso localizados en la capital nacional. Dichos programas sirven de una especie de "paraguas ideológico" que cubre las diferencias locales y regionales, pero también sirven de elemento articulador de las relaciones interpersonales entre los dirigentes y burócratas del orden nacional y las oligarquías locales y regionales.

Estos niveles de competencia política suponen que las regiones, subregiones y localidades se definen más como ámbito de poder de una familia o grupos de ellas que en términos de integración económica o de pertenencia administrativa, aunque normalmente las tres cosas tienden a coincidir. Y también suponen que el poder del grupo oligárquico nunca está libre de contestación o desafío dentro de su ámbito local o regional de poder, sino que está siendo frecuentemente en cuestión por elites secundarias o subalternas en ascenso, que quieren desplazarlo de su hegemonía. Y estos grupos en ascenso suelen buscar aliados semejantes en el nivel nacional o en otras regiones, que están igualmente interesados en modificar la correlación de fuerzas en los niveles regional o local.

50 Fernán E. González, "Claves de aproximación a la historia política" (Inédito, policopiado)

51 Charles Tilly, *Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990*, Alianza Editorial, Madrid, 1990, cfr. el prólogo a la edición española, p.16.

52 Norbert Elias, "Los procesos de formación del Estado y de la construcción de la nación", en *Historia y Sociedad*, # 5, Medellín, 1998, p. 108.

53 Norbert Elias, o. c., pp. 114-115.

54 Fernán E. González, "Aproximación a la configuración política de Colombia", en *Para leer la Política*, CINEP, Bogotá, 1997, pp. 26-28.

Y en el nivel nacional, los programas políticos van variando sus posiciones en las diferentes circunstancias del siglo XIX, expresando diversas concepciones sobre la sociedad, el Estado y la economía, aunque no siempre los partidos se articulan homogéneamente en torno a temas comunes. Pero se puede considerar que las discrepancias más profundas de los partidos se centran en la discusión sobre el papel que debe desempeñar la Iglesia católica en la sociedad y el Estado y sobre el grado y manera de movilización social y política de las clases populares.<sup>55</sup>

Si se combinan las competencias en los distintos niveles podríamos señalar como un momento clave de estas articulaciones entre nación, región y localidad, que van a desembocar en las adscripciones de grupos y personas a los futuros partidos liberal y conservador, la transición entre la construcción y disolución de la coalición o red santanderista del poder. Esta transición se inicia en el primer gobierno de Santander, cuando se desempeña como vicepresidente en ausencia de Bolívar, que continúa luchando en el Sur del continente y termina con la Guerra de los Supremos (1839-1841). Sus momentos principales son el enfrentamiento de Bolívar y Santander en torno a la constitución boliviana, la lucha respecto a la dictadura de Urdaneta, la exclusión de bolivaristas y urdanetistas durante el segundo gobierno de Santander y la división de la coalición entre radicales y moderados, bajo la presidencia de Márquez, que desemboca en la guerra civil.

El enfrentamiento entre Bolívar y Santander, y entre sus respectivos seguidores, ha sido objeto de innumerables estudios, pero más allá de los enfrentamientos personales, se puede detectar en Bolívar una concepción de Estado Nación que se distancia del pensamiento liberal, tanto en la concepción de soberanía nacional que suponían teóricamente las relaciones internacionales de la época como de la soberanía interna del Estado con relación a los grupos de la sociedad que pretendía gobernar. Así,



desde los comienzos de nuestra vida republicana, se puede observar cómo toda la política internacional del Libertador, centrada en la solidaridad hispanoamericana y el alineamiento con la Gran Bretaña, que a veces lindaba casi con una petición de protectorado (mientras creyéramos), obedecía a su clara percepción de que nuestras jóvenes naciones, teóricamente soberanas, se encontraban en una bastante difícil correlación de fuerzas, amenazadas por el antirrepublicanismo de la Santa Alianza europea y el joven expansionismo de los Estados Unidos.<sup>56</sup>

Pero los elementos disgregadores y los sentimientos nacionalistas imposibilitaban cualquier integración más allá del efímero intento de Estado grancolombiano, más producto de las necesidades militares de la guerra emancipadora y del genio político de Bolívar que de la existencia de bases políticas y sociales para una integración supranacional. Jaramillo Uribe afirma que Bolívar, como "hombre de su tiempo", estaba suficientemente informado de la lucha de las grandes potencias por el predominio mundial para estar convencido de que "los protagonistas de la historia que comenzaba a vivirse en su época serían los grandes Estados Naciones". Veía claramente, afirma este autor, que "los Estados pequeños, inestables, de gobiernos débiles y soberanías fragmentadas nada tenían que hacer en la constelación de las naciones modernas". Por eso, además de su convicción de la necesidad de ciertas formas de integración hispanoamericana, estaba seguro de que si no se constituían en América "Estados nacionales política y geopolíticamente fuertes, unificados, centralizados y cohesionados socialmente, irremediamente volverían a caer en situaciones de dependencia".<sup>57</sup>



Además de estas necesidades de política internacional, la convicción de Bolívar de la necesidad de un Estado fuerte respondía también a factores internos de la sociedad, tal como la concebía. En cuanto a la dimensión interna de la soberanía y de la relación Estado - Sociedad, Bolívar era consciente de las limitaciones y contradicciones que imponía una sociedad organizada jerárquicamente por castas y jerarquías de poblaciones a la idea de una república formalmente democrática, basada teóricamente en una ciudadanía homogénea. Sus recuerdos de criollo venezolano, "mantuano", de la guerra racial de Haití lo hacía temer que se desencadenaría un caos racial si las ideas liberales de igualdad ciudadana y nación se aplicaban al pie de la letra, sin un proceso educativo previo, a una sociedad tan profundamente desigual. Por ello, criticaba a los "lanudos" de Bogotá, Tunja y Pamplona, por desconocer la profunda desigualdad social y racial de la nación en construcción, y a "los suaves filósofos de la legitimada Colombia", por querer "edificar sobre una base gótica un edificio griego al borde de un cráter".<sup>58</sup>



El miedo a la "pardocracia", el gobierno de las castas, y al caudillismo que surgiría después para poner orden en el caos, es la base de su alambicado proyecto de constitución. Otra de las bases de su pensamiento político es su desconfianza con res-

pecto a las "repúblicas aéreas" de los teóricos, que buscan aplicar sus ideas constitucionales sin preguntarse si son adecuadas a las circunstancias de los países. Según Bolívar, la experiencia histórica de Atenas, Esparta, Tebas y Roma muestra que los códigos legales y los estatutos constitucionales, por perfectos que sean, son "obras muertas que poco influyen en las sociedades", pues son "los hombres virtuosos" los que realmente constituyen las repúblicas. De ahí su insistencia en el Poder Moral, cuarto poder político, encargado de dar luz y virtud a la república, por medio de la educación infantil, de la moral republicana, de la vigilancia de la administración pública.<sup>59</sup>

A partir de su convicción de que las instituciones plenamente representativas no son adecuadas para nosotros, por exigir luces de las que carecemos, Bolívar propone un modelo calcado de las instituciones inglesas (reforzadas con algunas instituciones inspiradas en la Roma republicana), pero adaptándolas a las circunstancias de la república naciente: un poder ejecutivo vitalicio, un Senado legislativo hereditario al estilo de la Cámara de los Lores, una Cámara de representantes al estilo de la Cámara de los Comunes, una Cámara de tribunos encargada de la moral pública y un Poder electoral. Los sucesores de los próceres y caudillos de la Independencia recibirían una educación especial, que los haría superiores a los representantes elegidos popularmente.<sup>60</sup>

Con este modelo híbrido, basado en la compensación y el mutuo control entre los poderes, Bolívar pensaba lograr "el equilibrio entre los elementos democráticos y aristocráticos, dinámicos y

55 Fernán E. González, o. c, pp. 28-29.

56 Fernán E. González, "El proyecto político de Bolívar: mito y realidad", en *Para leer la Política*, CINEP, Bogotá, 1997, tomo II, especialmente las pp. 42-56.

57 Jaime Jaramillo Uribe, "Nación y Región..." p. 113.

58 Fernán E. González, o. c, tomo II, p. 35.

59 Fernán E. González, o. c, tomo II, pp. 31-33.

60 Fernán E. González, o. c, tomo II, pp. 30-32.

estáticos, liberales y conservadores, que según su concepción de Estado debían tener las formas de gobierno". Así pensaba compensar los elementos de inestabilidad que observaba en la sociedad: "grandes masas de población analfabeta, habituada a la sumisión a la monarquía, incapaz de cualquier participación en la vida política; pequeñas oligarquías locales aferradas a sus intereses inmediatos; caudillos provincianos surgidos de la guerra de independencia, en fin, lo que él denominaba facciones y partidos".<sup>61</sup>

Pero este proyecto utópico iba en contravía de la realidad política, ya que Bolívar mismo era consciente de la precariedad de la unión entre la Nueva Granada, Venezuela y Ecuador, su propia reflexión sobre la organización posible de los pueblos hispanoamericanos le mostraba que desde los orígenes de la conquista española de América se habían venido "configurando los gérmenes de futuras naciones, diferentes a pesar de sus numerosos elementos comunes". La diversidad geográfica, la magnitud y topografía del territorio, sus distintos recursos naturales, la composición social diferente, y su identidad con las unidades administrativas y las visiones políticas coloniales, conspiraban "para que una vez roto el vínculo de fidelidad a la monarquía española se presentara la disgregación y la tendencia a la formación de diferentes naciones".<sup>62</sup>

En cambio, los adversarios de Bolívar, tanto en el nivel hispanoamericano como en el de la Nueva Granada, respondían mejor a las tendencias políticas dominantes que se movían hacia la disgregación continental y nacional, inherente a la lógica organizativa del Imperio español, que hemos señalado anteriormente. Bastaba dejar "obrar al libre juego de las fuerzas económicas y políticas, con la seguridad de que así estaban asegurando su futuro político", así fuera en un ámbito territorialmente más reducido.<sup>63</sup> Por eso, las referencias de Bolívar a las desigualdades sociales y raciales como obstáculos al modelo liberal de Estado nacional, basado en una ciudadanía homogénea, eran descartadas por Santander como un truco de Bolívar: utilizar el miedo a



las castas como amenaza para hacerse conferir el mando absoluto y trastornar así "todas las más sabias máximas del orden social". Para él, la única solución posible era seguir sosteniendo vigorosamente las instituciones existentes legalmente, "por más defectuosas que sean". Y, consiguientemente, en el plano internacional se mostraba más cercano a alinearse con los Estados Unidos, bastante reticentes a las propuestas de integración hispanoamericana que pregonizaba Bolívar.<sup>64</sup>

Pero precisamente la permanencia de jerarquías sociales y lazos personales de dependencia hacia los notables locales, producto de la sociedad de castas imperante y de las solidaridades de la sociedad tradicional, explica por qué no se cumplieron las profecías apocalípticas de Bolívar pues las élites modernizantes de la joven república continuaban teniendo su base social de apoyo en la sociedad tradicional. Esta situación intermedia entre dos mundos, el tradicional y el moderno, les permitía a los nuevos líderes imponerse en las elecciones modernas, gracias al voto de los *pueblos*, actores colectivos cohesionados por lazos de parentesco, vecinazgo y clientelismo, propios de una sociedad tradicional, ya que "la mutación intelectual de las elites no impide en absoluto que la sociedad siga viendo en ellos a sus autoridades tradicionales y asegure su elección moderna a través de un voto colectivo regido por vínculos antiguos". Según Francisco Javier Guerra, esta combinación permite que sociedades

tan tradicionales como las hispanoamericanas puedan construir regímenes políticos tan modernos:

“Regímenes fundados en individuos libremente asociados, mientras que la sociedad sigue siendo estructurada esencialmente por vínculos de tipo antiguo, es decir, no contractuales en su mayoría. Las razones se hallan en la articulación entre el mundo de la política moderna, es decir, el de las elites agrupadas en diferentes formas de sociabilidades modernas, y una sociedad regida por valores y vínculos de tipo antiguo, corporativos o comunitarios”.<sup>65</sup>

Esta combinación explica, además, otra de las características de la vida política hispanoamericana: la incapacidad para derrotar mediante el voto al partido en el poder y el subsiguiente recurso continuo a los pronunciamientos y rebeliones. Esto es explicado por Guerra por dos razones: la primera es la contradicción ya señalada entre el voto autónomo del individuo moderno, teóricamente independiente, que ha interiorizado la categoría de ciudadano (los “ciudadanos imaginarios”), y una sociedad compuesta por actores colectivos de tipo antiguo. La segunda, según Guerra, reside “en el carácter aún parcialmente tradicional de estas mismas elites”, ya que en teoría podría pensarse en una competencia política pacífica entre las élites como “cabezas de los actores colectivos que ellos controlaban”. Pero su concepción de poder seguía correspondiendo a la concepción orgánica de “cuerpo político”, que tenía como ideal al poder concentrado, unanimista y unificado; por eso, los “partidos”, mejor dicho, “los grupos políticos que compiten por el poder”, eran concebidos peyorativamente como “bandos” o “facciones” cuya acción lleva a una “discordia” que pone en peligro la cohesión social.<sup>66</sup>

61 Jaime Jaramillo Uribe, o. c., p. 114.

62 Jaime Jaramillo Uribe, o. c., pp. 114-115.

63 Fernán E. González, “El proyecto político bolivariano...”, antes citado, p. 58.

64 Fernán E. González, “Relaciones entre identidad nacional, bipartidismo e Iglesia católica, 1820-1886”, en *Para Leer la Política*, CINEP, Bogotá, 1997, tomo II, pp. 218-219.

65 François - Xavier Guerra, *Modernidad e independencias. Ensayo sobre las revoluciones hispánicas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993, pp. 359-362.

66 François - Xavier Guerra, o. c., p. 361.

Además, señala Guerra, estos temores se justificaban por la experiencia vivida de que la pugna entre los grupos políticos conducía a la exasperación y polarización progresiva de la lucha, que se reflejaba en exilios de los contrarios, confiscaciones de sus bienes y ejecuciones sumarias, con sus inevitables consecuencias de represalias y venganzas en cadena. Esta realidad, que Guerra compara a la lucha de clanes y bandos de las ciudades medievales de España o de las ciudades-estado de Italia, va a caracterizar la lucha política y militar entre los partidos tradicionales de Colombia, durante el siglo XIX y buena parte del XX.

Esta lógica se va a expresar claramente en la construcción y disolución de la coalición política que servía de base a los dos gobiernos del general Santander: una burocracia central de funcionarios de origen urbano, algunos de ellos heredados de la administración colonial, se complementaba con caudillos y poderes regionales, algunos de ellos surgidos en la guerra de independencia y otros heredados de la estructura jerárquica de la vieja sociedad colonial, basada en las haciendas, las minas, el comercio, la burocracia local y los nexos familiares o vecinales.

Esta situación responde a la caracterización de *dominio indirecto*, según las categorías de Tilly, que obligan al Estado moderno a estar continuamente negociando, articulando o confrontando su ámbito de poder con los poderes previamente existentes. Para complicar más la situación, el equilibrio de poder en los niveles nacional, regional y local es básicamente inestable y cambiante: las ciudades en ascenso luchan contra el predominio de las que detentaban la hegemonía durante la época colonial, los mestizos y mulatos se apropian rápidamente de

la concepción de ciudadanía para consolidar su ascenso social en una sociedad jerarquizada; nuevos clanes y grupos familiares buscan desplazar a la oligarquía dominante de su lugar de privilegio; los grupos indígenas y de libertos se inscriben en la lucha política regional y nacional para superar su condición subordinada, y, todas estas luchas de diversa índole quedan cubiertas y ocultas bajo el rótulo de la lucha entre los dos partidos tradicionales.

Así, los partidos liberal y conservador heredan esta tradición y estilo de gobierno indirecto, adaptándolos a las formalidades constitucionales del orden republicano, de manera que se van configurando a través de este perpetuo regateo con las *redes de poder previamente existentes*, formando coaliciones y alianzas de índole diversa, que producen una articulación de la nación *desde arriba*, desde la burocracia del Estado central hacia las clases dominantes locales, junto con sus respectivas clientelas. Por otra parte, a medida avanza el siglo XIX, la necesidad de legitimación obliga a los partidos a cierta relación más igualitaria con sus bases sociales mediante una movilización más moderna del pueblo, lo que permite el ascenso y la presencia política más autónoma de algunos grupos subordinados, que logran *desde abajo* alguna participación en los aparatos del Estado. Estos cambios internos de las regiones y movilizaciones populares hacen que los partidos recojan y transformen muchos conflictos prepolíticos en base social y cultural de las identidades más políticas: problemas étnicos, enfrentamientos entre localidades, veredas, subregiones y regiones, luchas intergeneracionales, rivalidades intra e inter familiares, y conflictos entre grupos de interés económico, van a irse matriculando en esas dos coaliciones de poderes que llamamos partidos políticos tradicionales, cuyas tradiciones inventadas o reales, con sus respectivos panteones de héroes fundadores, van a dar lugar a esas dos subculturas políticas cuyos enfrentamientos van a caracterizar nuestra historia política.<sup>67</sup>

Precisamente, la concepción organicista de la política se va a manifestar claramente en los conflic-

tos iniciales, inmediatamente después de la ruptura de la Gran Colombia, ya que la conducta política adoptada con respecto de la dictadura de Bolívar y la lucha contra la de Urdaneta va a convertirse en la piedra de toque para distinguir a "los verdaderos republicanos" (como se autodenominan los amigos de Santander) de los "serviles", como llaman los santanderistas a los que tuvieron algo que ver con las dictaduras de Bolívar y Urdaneta. Esta clasificación sirve de base para excluir a estos últimos de toda participación en la administración pública y en el escalafón militar, reservados a los verdaderos "patriotas". Obviamente, esta exclusión no hará sino reforzar la cohesión de los adversarios de Santander, lo mismo que producir algunos resquemores de viejos militares bolivarianos, como se trasluce en la conspiración del general Sardá, ferozmente reprimida por el presidente Santander.<sup>68</sup>

Pero la heterogeneidad interna de la coalición santanderista conduciría pronto a una ruptura entre radicales y moderados, precisamente en torno a la actitud que se debería adoptar con los excluidos bajo el gobierno de Santander. Los grupos que apoyaban a Santander procedían unos de la burocracia civil, originaria casi toda de los sectores urbanos de las regiones centroorientales del país, y otros, de caudillos militares con bastante arraigo localista (casi ninguno de ellos había acompañado a Bolívar en sus campañas fuera de las fronteras del país) y algunos sectores de las élites tradicionales, normalmente los grupos secundarios de ellas, que buscaban ascender social y políticamente pero cuyo poder embrionario no representaba todavía una amenaza para el poder central de la burocracia nacional. Obviamente, el caso más paradigmático de este modelo es Obando, en el que coincidía su carácter de caudillo regional con el de miembro secundario de la oligarquía payanesa.

Esta heterogeneidad interna se evidencia en la actitud más tolerante de algunos de sus componentes civiles, como José Ignacio de Márquez, frente a los antiguos bolivarianos y urdanetistas, que contrasta con la actitud más radical de Vicente Azuero,

a veces con ciertos ribetes anticlericales, y el caudillismo militar impulsado por algunos sectores, liderados por el propio general Santander, que estaba convencido que solo un presidente militar como Obando podía garantizar la tranquilidad pública. El triunfo de la candidatura de Márquez inicia una actitud más tolerante frente a los antiguos bolivaristas y urdanetistas, algunos de los cuales son llamados a ser parte del nuevo gobierno, junto con algunos caracterizados santanderistas. Este intento de gabinete de "unidad nacional" fracasa por el ambiente polarizado entre los "verdaderos patriotas" y los llamados "serviles", que habían contemporizado o colaborado con las dictaduras. El hecho de que entre éstos se contaran algunos antiguos realistas, "patriotas de última hora", parece ser el origen del calificativo de *godos* para referirse luego a los conservadores.<sup>69</sup>

La oposición de la prensa santanderista se hace cada día más feroz al señalar una línea divisoria de los partidos de entonces: los neogranadinos se dividen en *progresistas* y *retrogrados*, pues unos quieren *retrogradar* al país mientras otros pretenden hacerlo *progresar*... Y el problema tiene que ver con la participación burocrática, ya que se critica al presidente Márquez porque pretende hacer creer que "los ministros y agentes de la dictadura" pueden representar "al poder civil y los principios republicanos".<sup>70</sup> Por su parte, la prensa gobiernista o ministerial señala que el problema no se debe a diferencias de principios políticos sino de personas, cuya participación en asuntos públicas es descalificada si no tienen "comunidad íntima" con el expresidente Santander. El periódico *El Argos*, dirigido por Rufino Cuervo, Lino de Pombo y otros partidarios de

Márquez, califica como calumniosa la afirmación de que el presidente Márquez "se ha puesto a la cabeza de la facción goda o santuarista y que los antiguos patriotas son perseguidos o postergados", pues muchos santanderistas han sido llamados a ser parte de su gobierno. Y afirma que la animadversión de "unos pocos" se debe a que la conducta del gobierno "va reuniendo a los ciudadanos a quienes una política turbulenta tendría siempre divididos, y en fin, porque poco a poco se van cicatrizando las heridas de la Patria"<sup>71</sup> Por su parte, el periódico *La Bandera Nacional* critica precisamente la incapacidad de Márquez para granjearse las simpatías de la oposición y se pregunta si puede haber posibilidades de reconciliación sincera, y de "refusión de los partidos" cuando "godos, dictatoriales obstinados o santuaristas perseguidores" insultan a "los amigos de la libertad" por no ser sus apologistas. Se critica también al gobierno de Márquez por estar dominado por la "aristocracia" (¿ Los Mosquera y Herrán?) y "asustado por un clero fanático".<sup>72</sup> O sea, que a la discusión sobre las personas que pueden hacer parte de la administración, se empieza a sumar una lectura más ideológica y social de la política.

En el fondo, la discusión se centra en la pertenencia a la patria y la condición de ciudadano; a quién se incluye o excluye, y con qué bases. Pero el ambiente de intolerancia y polarización en la política nacional, junto con algunos problemas regionales como la llamada *guerra de los conventillos* de Pasto, desembocan en la llamada Guerra de los Supremos (1839-1841). En esa guerra, los caudillos militares del santanderismo en las provincias se van rebelando sucesivamente contra el gobierno de

67 Fernán E. González, "Relaciones entre identidad nacional, bipartidismo e Iglesia...", antes citado, tomo II, pp.231 y siguientes.

68 Fernán E. González, "La Guerra de los Supremos", en *Gran Enciclopedia de Colombia*, Ed. Círculo de Lectores, Bogotá, 1991, pp. 337-342.

69 Fernán E. González, "Sociabilidades políticas en los comienzos de la vida republicana. El comienzo de la intolerancia y la guerra de los Supremos" (inédito, policopiado).

70 *La Bandera Nacional*, # 14 y 15, del 5 y 12 de agosto de 1838, edición facsimilar de la Biblioteca de la Presidencia, Bogotá, 1991.

71 Citado por Angel y Rufino Cuervo, en *Vida de Rufino Cuervo y noticias de la época*, París, Roger y Chernoviz, 1892, tomo I, pp. 280-282.

72 *La Bandera Nacional*, # 39 y 40, del 18 y 20 de julio de 1838, respectivamente, edición facsimilar de la Biblioteca de la Presidencia, Bogotá, 1991.

Márquez hasta que la guerra se hace general. Pero la falta de coordinación de los rebeldes por falta de un mando único, por una parte, y el fuerte apoyo de antiguos militares bolivarianos como los generales Pedro Alcántara Herrán y Tomás Cipriano de Mosquera, por otra, son las causas del triunfo del gobierno central. En torno al gobierno triunfante, se organiza la coalición ministerial, que preludia el futuro partido conservador y expresa su concepción del gobierno y de la sociedad en la reforma constitucional de 1843 y la reforma educativa de 1842. En ambas jugará un importante papel Mariano Ospina Rodríguez, que será, junto con José Eusebio Caro, el redactor de lo que hoy consideramos el primer programa político del gobierno conservador. La confrontación adquiere así en los años 1848 y 1849 una connotación más ideológica a través de la polémica periodística entre Ezequiel Rojas, Manuel Murillo Toro, José Eusebio Caro y Mariano Ospina Rodríguez, que serán leídos como los primeros programas ideológicos de los partidos liberal y conservador.

Pero esas definiciones programáticas suponen la existencia de adscripciones de personas y grupos a dos comunidades de sentido y pertenencia, mutuamente excluyentes pero complementarias entre sí, basadas en solidaridades y rupturas previamente existentes, muchas de ellas de carácter prepolítico. La importancia de esta guerra reside en que la participación en ella, va a definir las pertenencias de la mayor parte de los personajes de la historia del siglo XIX a estas *comunidades imaginadas* al condensar muchos enfrentamientos de índole y ámbitos diferentes; en el nivel nacional, el inicial distanciamiento y posterior ruptura entre Santander y Márquez, junto con la confrontación de los santanderistas de línea dura con los antiguos bolivarianos o urdanetistas, enmarca enfrentamientos entre grupos, personas o familias en el nivel regional (como la lucha entre Mosquera y Obando en el Cauca), lo mismo que luchas entre el centro y la periferia regional. Habría que considerar también los conflictos por la hegemonía regional, por ejemplo, las con-

tradiciones entre Cartagena, Santa Marta y Mompox en la Costa Atlántica y los enfrentamientos entre ciudades en ascenso con la ciudad regionalmente hegemónica, como los de las ciudades del valle del Cauca contra Popayán, los cantones de Barranquilla y Soledad contra Cartagena, los de Valledupar, Riohacha y Ciénaga contra Santa Marta.

Todos estos enfrentamientos harán que prácticamente todos los personajes de la vida política colombiana del siglo XIX sean actores protagonistas o de reparto en esta guerra, como Obando, Mosquera, Herrán, Ospina Rodríguez, José Eusebio Caro, el arzobispo Manuel José Mosquera, Florentino González, Juan José Nieto, Julio Arboleda, Manuel Murillo Toro y Rafael Núñez. Muchas de las adscripciones políticas y amistades políticas forjadas en el calor de esta contienda durarán toda la vida de estos personajes, lo mismo que las correspondientes enemistades y odios tanto personales como políticos. Esta guerra será determinante para iniciar la cadena de los "odios heredados" entre familias y localidades, que van a ayudar a fijar esas adscripciones partidistas con un toque emocional por mecanismos al estilo de las "venganzas de sangre".<sup>73</sup>



## A MODO DE CONCLUSIÓN

Este recorrido histórico por los momentos fundacionales de nuestro Estado nacional nos permite reconocer que muchos de los rasgos de nuestra vida política y de los problemas que actualmente afrontamos tienen su origen desde entonces: la fragmentación y difusión del poder, la falta de integración regional y social, la concepción orgánica de la política, la canalización bipartidista de las tensiones y solidaridades sociales, desembocan en los problemas actuales de falta de monopolio estatal de la violencia, inexistencia de un verdadero espacio público de resolución pacífica de conflictos y de arti-

73 Fernán E. González. "La Guerra de los Supremos", en *Para leer la Política*, CINEP, Bogotá, 1997, tomo II, p 85.

culación de los diversos intereses particulares y de las identidades regionales y raciales en el conjunto de una sociedad mayor. Y esta situación empeora aún más con la crisis actual de legitimidad de los partidos tradicionales y por el no surgimiento de otras alternativas políticas que suplan el vacío que dejan. Por otra parte, la violencia hace surgir formas para y contraestatales de poder, que expresan cierta desarticulación entre los niveles de poder local, regional y estatal, lo mismo que la incapacidad del Estado para articular poderes locales y regionales que surgen al margen de los partidos tradicionales en regiones periféricas de colonización campesina. Todo esto aumenta la tendencia hacia la fragmentación y desarticulación del poder.

Es evidente que la percepción de muchas de las amenazas que la globalización plantea al Estado nación se debe, en buena parte, a que se tiende a exagerar la fortaleza del Estado Nacional existente. En nuestro caso, cabría preguntarse si los desafíos de la fragmentación no se deberían más a razones premodernas, o más exactamente, a la combinación entre modernidad y tradición que caracteriza nuestra vida política, que ha dificultado la construcción de un verdadero Estado Nacional, basado en la interrelación funcional entre sus diversas regiones y distintos estratos sociales.

